Memòria històrica - Que no torni a passar mai més, 7

La democràcia nord-americana, 1

Segons Josep Fontana: Por el bien del Imperio

**Amèrica central**

En marzo de 1968, un diplomático norteamericano que regresaba de Guatemala, Viron Vaky, expresaba en un informe todo el horror de la situación y su angustia por la complicidad de los Estados Unidos: “Las escuadras oficiales son culpables de atrocidades. Los interrogatorios son brutales, se emplea la tortura y los cadáveres aparecen mutilados”. Muchos latinoamericanos, añadía, piensan que nosotros autorizamos estos crímenes y dudan de nuestras pretensiones de que queremos un mundo mejor y más justo. No es que no hayamos podido hacer nada por evitarlo, sino que nunca lo hemos intentado. Tal vez hemos pensado “que es una buena táctica, y que mientras sean comunistas los que resultan muertos, todo va bien.” Lo que completaba con un lúcido análisis de la cuestión: “Hemos estado tan obsesionados con el miedo a la insurgencia que hemos racionalizado nuestras inquietudes y nuestras dudas”. El informe de Vaky, que permaneció secreto durante 30 años, no impidió que el Departamento de Estado siguiera apoyando una represión indiscriminada.

El auge de las exportaciones agrarias guatemaltecas condujo a una serie de acciones destinadas a arrebatar la tierra a los campesinos, que dieron lugar a un movimiento de resistencia indígena y a una nueva guerrilla campesina, con organizaciones como el Ejército guerrillero de los pobres. En 1978 se inició una oleada de torturas y asesinatos por parte del gobierno, con el fin de liquidar el sindicalismo urbano, mientras en 1981 el ejército emprendía una campaña de masacres e incendios en el medio rural, con una política de tierra quemada que provocó una auténtica guerra popular. Estas campañas de exterminio, nos dice Greg Grandin, estaban movidas a un tiempo “por el celo anticomunista y por el odio racial hacia los mayas”. Los Estados Unidos sabían que el gobierno del general Romeo Lucas Gorría se proponía exterminar a los campesinos que daban apoyo a la guerrilla y lo aprobaban. “Las matanzas —añade Grandin— eran brutales hasta un extremo inimaginable. Los soldados asesinaban a los niños a la vista de sus padres, extraían órganos y fetos, amputaban los genitales o las extremidades, cometían violaciones en masa y quemaban algunas víctimas vivas.”

(…) El conocimiento de esas atrocidades no impidió que Reagan se esforzara en proporcionar armas a los militares guatemaltecos, para que prosiguieran implantando esta versión tan peculiar de la democracia.

El caso de Honduras muestra la naturaleza de la implicación norteamericana en la guerra sucia de Centroamérica. Los Estados Unidos prepararon al personal militar local para realizar funciones policíacas, como lo relata el sargento Florencio Caballero, que se entrenó durante seis meses en Texas en 1983-84. “Allí estuvo un capitán del ejército estadounidense y hombres de la CIA (…) Ellos nos enseñaron a nosotros métodos psicológicos para estudiar temores y debilidades de un prisionero. Dejarlo parado, no dejarlo dormir, mantenerlo desnudo y aislado, poner ratas y cucarachas en sus celdas, darles mala comida, servirles animales muertos, echarles agua fría encima, cambiar de temperatura”. Agentes norteamericanos colaboraban con los militares hondureños en los interrogatorios y en la eliminación de sospechosos, como en el caso del jesuita norteamericano James Francis Carney, que, en septiembre de 1983, “fue llevado a una base de suministros de los contras nicaragüenses denominada El Aguacate, donde fue interrogado en presencia de personal norteamericano. Posteriormente fue lanzado desde un helicóptero. “

La intervención norteamericana fue incluso más allá, puesto que, como reconoció una enmienda del Senado de los Estados Unidos de 20 de septiembre de 1995: “Hay una evidencia considerable de que, en 1995, un escuadrón secreto de la muerte del ejército hondureño fue creado con el conocimiento y la asistencia del gobierno estadounidense. Se conoció como Batallón 3-26, y durante los años ochenta realizó una campaña sistemática de secuestrar, torturar y asesinar a supuestos subversivos. Estos eran organizadores sindicales, activistas de los derechos humanos, periodistas, abogados, estudiantes y profesores.”

Los dos casos en que la participación de los Estados Unidos en la política de América Central fue más directa y escandalosa, tras el de Guatemala, fueron precisamente los de El Salvador y Nicaragua. (…) Pero Carter toleró, en cambio, los crímenes de los militares de El Salvador, donde la prensa norteamericana sostenía que un gobierno moderado luchaba contra una guerrilla marxista, cuando el supuesto gobierno moderado era una camarilla de terratenientes y militares, a quienes los Estados Unidos proporcionaban asesores y subsidios por un importe de unos seis mil millones de dólares, para ayudarles en la tarea de realizar unos 75.000 crímenes políticos, entre ellos el asesinato, el 24 de marzo de 1980, del obispo Óscar A Romero. (…)

Reagan pasó de la tolerancia a la intervención, sosteniendo que había una amenaza comunista contra El Salvador, dirigida por rusos y cubanos, y organizada desde una base soviética que era Nicaragua, y que esto significaba que había una amenaza de que el comunismo se apoderase de aquellas tierras. (…) El resultado, ha escrito William LeoGrande, fue un país destrozado y 80.000 muertos, la mayoría de ellos civiles inocentes (…)

En Nicaragua, después de la caída de Somoza y del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, heredero de una larga tradición de lucha revolucionaria, los norteamericanos pensaron que la guardia nacional creada por el somocismo podía mantener el control del país. No fue así, y con los propios miembros de la guardia que huían para escapar a su previsible castigo, se formaron los primeros grupos de “contras”. (…)

Con Reagan estos grupos de “contras” se convirtieron en “luchadores por la libertad” y comenzaron a recibir ayuda.

Antoni Ferret (per la tria dels textos)